

El hombre salvaje

Hace muchos años, en un reino lejano, vivía un rey poderoso y sabio que tenía un hijo, un príncipe muy curioso y valiente. El niño vivía en el castillo, rodeado de lujo, pero lo que más le gustaba era correr por los jardines y jugar cerca del bosque misterioso que se extendía junto al reino.

Pero este bosque escondía un secreto que todo el mundo conocía y temía: el Hombre Salvaje. Se decía que era una criatura enorme, cubierta de pelo de pies a cabeza, con ojos brillantes y una fuerza increíble. Los aldeanos explicaban que aquel ser se llevaba a quienes se adentraban demasiado en el bosque, y por eso nadie se atrevía a acercarse a él.

Un día, los soldados del rey consiguieron capturar al Hombre Salvaje. Con muchas cuerdas y con gran esfuerzo, le llevaron hasta el castillo y le encerraron en una gran jaula de hierro. Todo el mundo le miraba con miedo, pero él se mantenía en silencio, con los ojos tristes.

El príncipe, curioso, se acercó. Nunca había visto a un hombre como aquél. No parecía un monstruo… sólo un ser distinto. Cuando se quedó solo, el Hombre Salvaje habló con voz grave pero suave:

—Niño, si me dejas salir, te prometo que te enseñaré cosas maravillosas.

El príncipe dudaba. Sabía que su padre se enfadaría mucho si le dejaba libre… pero en su interior sentía que aquel hombre no era malo. Así que, poco a poco, tendió la mano y abrió la puerta de la jaula.

En ese instante, el Hombre Salvaje se levantó de un salto, cogió al príncipe de la mano y corrió hacia el bosque. ¡El niño no tuvo tiempo de gritar! Pero, sorprendentemente, no tenía miedo. El Hombre Salvaje no le hacía daño, sólo se lo llevaba hacia la profundidad del bosque, donde la luz se filtraba entre los árboles gigantes y todo parecía lleno de magia.

A partir de ese día, el príncipe vivió en el bosque con él. El Hombre Salvaje le enseñó los secretos de la naturaleza: cómo sentir el viento para saber si se acercaba tormenta, cómo hablar con los animales, cómo encontrar comida y agua, y cómo ser fuerte y valiente sin necesidad de armas ni riquezas.

Con el tiempo, el príncipe se convirtió en un joven alto, fuerte y sabio. Pero, en su interior, todavía echaba de menos a su padre y su castillo. Un día, mirando hacia la ciudad desde la orilla del bosque, dijo:

—Quiero volver a mi reino.

El Hombre Salvaje le miró con una sonrisa y le respondió:

—Ya estás listo. Pero recuerda: si alguna vez necesitas ayuda, sólo tienes que decir mi nombre en voz alta.

El príncipe regresó, pero cuando llegó al castillo, nadie le reconocía. Iba vestido con ropa hecha de hojas y pieles de animales, y parecía

un salvaje más del bosque. Nadie le creyó cuando dijo que era el príncipe.

Pero pronto se organizó un gran torneo en el castillo, donde los mejores caballeros lucharían por demostrar su fuerza y habilidad. El príncipe, que ahora conocía todos los secretos de la naturaleza y la lucha, participó. Con gran agilidad, derrotó a todos los demás caballeros. ¡Nadie había visto a alguien tan fuerte y hábil!

Cuando el rey vio a aquel joven valiente y lo miró a los ojos, lo entendió todo. Aquellos ojos... ¡eran los de su hijo! Con lágrimas de emoción, el rey le abrazó y el príncipe le contó toda su aventura.

Entonces, el rey comprendió que el Hombre Salvaje no era ningún monstruo, sino un ser sabio que le había enseñado grandes lecciones. Desde entonces, nadie le volvió a perseguir, y el príncipe reinó con justicia y amor por la naturaleza y la libertad.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.